



DIOCESE OF PATERSON

Diocesan Center
777 Valley Road
Clifton, New Jersey 07013

Office of
THE BISHOP

(973) 777-8818 Fax (973)777-8976

CARTA PASTORAL DE CUARESMA

Cuaresma: Jesús y nuestro ascenso a Jerusalén

A los sacerdotes, diáconos, religiosos y todos los fieles,

***A vosotros gracia y paz de parte de Dios, Padre nuestro,
y del Señor Jesucristo. (2 Co 1:2)***

Al empezar la Cuaresma y esforzarnos por unirnos más íntimamente al Señor en nuestro diario vivir, quiero presentarles la siguiente meditación sobre el ascenso de Jesús a la Cruz y nuestro caminar con él como discípulos suyos.

Cuando Marek Rybinsk, siendo un muchacho joven crecía en Szczecinek, Polonia, era atento y solidario. Como miembro de un grupo juvenil de su parroquia, escuchaba atentamente las dificultades emocionales de los demás y les daba palabras de consuelo y comprensión. Cuando estaba en la escuela superior, dos de sus amigos lo invitaron a visitar unos padres salesianos. Inmediatamente escogió su misión. Quiso ser sacerdote. Quería ayudar a los jóvenes a encontrar a Cristo.

Marek fue ordenado sacerdote en mayo del 2005. Padre Marek salió de Polonia en el 2007 para trabajar en Túnez. El trabajo no era fácil. Los retos eran grandes. En la escuela salesiana de Manouba, él amaba enseñar a los jovencitos acerca del Señor. Estaba muy feliz y en paz.

Hace poco, le confió a uno de sus compañeros de la escuela superior, que algunos individuos se le acercaron y le dijeron que parara de hablar a los niños sobre Jesús. Cuando él dijo que no pararía, ellos le advirtieron que algo podría sucederle. Pocos días después, repitieron la misma exigencia. Pero, Padre Marek de nuevo respondió que continuaría enseñando a otros sobre Jesús.

Días más tarde, en la mañana del 18 de febrero del 2011, su cuerpo fue encontrado en el parqueadero de la escuela. Acuchillado. Su garganta cortada. El Obispo Maroun Elias Nimeh Lahham de Túnez tildó su muerte como, “Un acto criminal que no excluye otros motivos.” Un mártir de la fe.

CARTA PASTORAL DE CUARESMA

Seguir a Jesús, implica siempre martirio. De alguna forma, esto puede haberse perdido hoy en nuestra manera de entender el discipulado. Cada discípulo está llamado a ser mártir, testigo de Jesús, algunas veces hasta el punto de morir. Es sobre esta verdad fundamental que yo quisiera ofrecer una breve reflexión, al entrar en el santo tiempo de Cuaresma.

Al final de su vida, Jesús afronta la feroz oposición de sus enemigos. El bien siempre será atacado. La resurrección de Lázaro del sepulcro, se convirtió para los adversarios de Jesús en la ocasión de solidificar sus planes para deshacerse de él. Al saber sus intenciones, Jesús se retiró al desierto al suroriente de Jerusalén (*Jn 11:54*). Esta fue la misma región donde Jesús pasó cuarenta días en soledad, después de recibir el bautismo de Juan y antes de empezar su ministerio público.

Aquí se encaró con Satanás. Las tentaciones del desierto fueron reales. Fueron fuertes. Y fueron decisivas. Dios permitió que Jesús fuera tentado en su humanidad no para hacerlo caer, sino para fortalecerlo y hacerlo crecer para responder a los retos de su ministerio. Al decir 'no' a Satanás, forjó su determinación humana de seguir el plan del Padre. Cada uno de nosotros afronta tentaciones una y otra vez. Hay siempre momentos para decir 'no' a lo que es el mal, para decir un clamoroso 'sí' a lo que es el bien y acercarse más a Dios, como el mismo Jesús hizo.

Ahora, cuando Jesús se acerca al final de su ministerio público, Jesús vuelve al lugar donde el mismo se comprometió con la voluntad del Padre. Sabe que el sufrimiento y la muerte son inevitables si permanece fiel a su misión. No hay duda cuando recuerda sus anteriores victorias sobre cada tentación para escaparse, él crece fuertemente en su determinación de no echarse atrás. Y, entonces dice a sus discípulos: "Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte...y a los tres días resucitará." (*Mc 10:33-34*)

El primer evangelista nos da una imagen gráfica sobre este punto. Lleno de serena resolución, Jesús inicia el pedregoso ascenso desde el desierto hasta Jerusalén. El va primero. Los discípulos lo siguen, aunque no entienden. Como nos cuenta Marcos, los discípulos "estaban sorprendidos y los que le seguían tenían miedo." (*Mc 10:32*) Esto no es un simple detalle de la narración, sino una verdad teológica. El verdadero discipulado significa seguimiento del Señor, aún cuando no se comprenda completamente.

¿Quién de nosotros puede entender el sentido del sufrimiento y la muerte de nuestras vidas? Sin embargo, seguimos al Señor que muestra el camino del sepulcro a la gloria. Como el salmista, decimos con confianza: "Aunque fuese por valle tenebroso, ningún mal temeré, pues tú vienes conmigo; tu vara y tu callado me sosiegan." (*Sal 23:4*)

La pequeña compañía de discípulos sigue a Jesús en el ascenso desde Jericó a Jerusalén. Quizá aún hoy, nos animara saber que el poder del Evangelio no está en los números, sino en el compromiso de los que decididamente siguen al Señor. Con firme propósito impreso en su rostro, Jesús camina a toda prisa, al frente de sus discípulos. Su manera calmada y entusiasta disposición arroja un velo de silenciosa incompreensión sobre sus seguidores. Pero, él es el Maestro y ellos así lo siguen. Frecuentemente en la vida, es necesario volver a esta actitud, esta buena disposición, de dejar que Jesús nos lleve a donde él quiere que estemos.

Jesús y sus discípulos suben la pedregosa montaña. El camino de diecisiete millas sube 3,600

CARTA PASTORAL DE CUARESMA

pies. La calzada es serpenteante, empinada y traicionera. Un símbolo apropiado para nuestro camino de Cuaresma. Jesús nos muestra que el camino del discipulado no es fácil. Tienen que observar un riguroso código de moral los que aceptan el llamado a ser cristiano.

En el sermón de la Montaña (*Mt 5-7*), Jesús explica este código de moral. Como Moisés subió al monte Sinaí y dio a Israel la Tora, Jesús sube a la montaña como el nuevo Moisés. El da una nueva Tora. En la más larga enseñanza del Evangelio de Mateo, Jesús expone a sus seguidores las nuevas y más altas normas para guardar la ley, practicando la religión y el culto y extendiendo la caridad con los demás, en trabajos sociales con los necesitados.

No obstante, distinto a Moisés, Jesús da la nueva Tora con su propia divina autoridad. Su Tora es la respuesta del amor de quienes han pasado por las aguas del bautismo y forman el nuevo Israel. Al escuchar el sermón de la Montaña, bien podríamos estar escuchando a Jesús hablar por boca de un primitivo catequista cristiano, que prepara adultos convertidos para su nueva vida en la comunidad de los creyentes.

En un tiempo en que muchos simplemente descartan humanamente a la gracia de Dios como algo que no tiene importancia, y se apoyan en que todo el mundo se salvará, se nos recuerdan las últimas consecuencias de nuestras acciones. Hacia el final del sermón de la Montaña, Jesús nos advierte de la seriedad de nuestra respuesta. Dice: “Ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la vida!; y pocos son los que lo encuentran.” (*Mt 7:13-14*)

La *Didache*, un catecismo que data del primer o segundo siglo, repite la advertencia de Jesús: “Existen dos caminos, uno el de la Vida y el otro el de la Muerte, y hay una gran diferencia entre los dos.” Seguir a Cristo siempre es una libre elección. El conduce, pero nosotros tenemos que decidir seguirlo. Cada día, en la familia, el trabajo, la escuela, con los amigos y aún con un casual transeúnte, tenemos dos alternativas: abrazar la vida, o preferir la muerte.

Cuaresma es el tiempo santo, en que la Iglesia prepara sus catecúmenos, para volver de la muerte del pecado a la nueva vida del Señor resucitado. Los prepara para recibir el bautismo, la confirmación y eucaristía en la Vigilia pascual. En este tiempo, los ya bautizados, renuevan su intención de vivir la vida cristiana. A ejemplo de Jesús durante los cuarenta días en el desierto, nosotros renovamos nuestra intención de hacer elecciones moralmente correctas, abandonando el mal de nuestra vida y abrazando la voluntad de Dios.

En la Cuaresma, intensificamos la oración, el ayuno y la limosna. Estas tres prácticas tradicionales, tomadas del sermón de la Montaña, nos abren plenamente a la gracia de Dios. Nos ayudan a guardar con más facilidad los mandamientos de Jesús, de amar a Dios y amarnos unos a otros. Estas prácticas penitenciales fortalecen nuestra voluntad para escoger el bien, para que con mayor entusiasmo sigamos a Jesús a lo largo del Camino.

Al hablar de la disciplina de Cuaresma, S. Pedro Crisólogo, obispo de Ravena en el siglo V, enseñó: “Hay tres cosas...con las que la fe se sostiene firme, la devoción permanece constante y la virtud dura. Estas son la oración, el ayuno y la compasión. La oración toca a la puerta, el ayuno alcanza, la compasión recibe. Oración, compasión y ayuno: las tres son una, y se dan vida entre sí” (*Sermón 43*).

CARTA PASTORAL DE CUARESMA

Por tener más oración personal durante la Cuaresma, y si fuese posible Misa diaria, por observar el ayuno cuaresmal y aún renunciar por nuestra cuenta a ciertos placeres legítimos, por ampliar la caridad con los demás, un poco más aún de lo que normalmente hacemos, estamos mejor preparados para abandonar el mal y escoger el bien. Todas las prácticas de Cuaresma centran nuestra atención en la gracia de Dios. También nos hacen más conscientes de lo que escogemos cada día.

Nunca podremos estimar la tremenda responsabilidad de nuestra libertad humana. Tampoco podemos olvidar que hay consecuencias para nuestra opción del bien o del mal. El santo padre el Papa Benedicto XVI, nos lo recuerda recientemente. Dijo: “El hombre puede escoger un camino cómodo y evitar toda fatiga. También puede bajar hasta lo vulgar. Puede hundirse en el pantano de la mentira y de la deshonestidad. Jesús camina delante de nosotros y va hacia lo alto. Él nos guía hacia lo que es grande, puro; nos guía hacia el aire saludable de las alturas: hacia la vida según la verdad...Nos guía hacia la lealtad a otra persona, aun cuando la situación sea difícil...Nos guía hacia la disponibilidad para prestar ayuda; hacia la bondad que no se deja desarmar ni siquiera por la ingratitud. Nos lleva hacia el amor, nos lleva hacia Dios.” (Papa Benedicto XVI, Homilía, XXV Jornada Mundial de la Juventud, 28 de marzo del 2010)

Por supuesto, podemos tomar un camino fácil, escogiendo lo que nos agrada, consintiendo nuestros deseos y pasiones. Y algunas veces lo hacemos. Pecamos. De ahí que necesitemos el arrepentimiento y el uso frecuente del sacramento de la reconciliación. Pero, también podemos tomar el camino difícil, escogiendo lo que es bueno para los demás. Podemos seguir a Cristo, por medio del amor abnegado en el camino que nos conduce finalmente a la Cruz.

En esta Cuaresma, hagamos propias las palabras de Jesús: “Mirad que subimos a Jerusalén” (Mt 20:18). Vamos a Jerusalén donde la muerte y resurrección de Cristo salva a toda la humanidad. Hemos resultado más unidos a Cristo que nos levanta del lodo del pecado al aire puro del amor de Dios. Hemos sido elevados a las alturas del cielo y entramos ahora a la Nueva Jerusalén.

En esta Cuaresma, cada uno de nosotros puede hacer que nuestra vida repita las palabras del salmo 122: “¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!” De esta forma, cuando llegamos a celebrar los misterios pascuales, podemos decir, con gran confianza y alegría, en las palabras del mismo salmo: “¡Finalmente pisan nuestros pies tus umbrales, Jerusalén!”

*Dada en el Centro pastoral de la Diócesis de Paterson,
el miércoles de Ceniza, 9 de marzo del 2011.*

+ Arthur J. Serratelli

+Arthur J. Serratelli, S.T.D., S.S.L., D.D.
Obispo de Paterson

Sister Mary Edward Spohrer SCC

Sr. Mary Edward Spohrer, SCC
Canciller